

Todo El Tiempo

“¡Suzume—!”

Una voz suave y amable llama mi nombre. Dedos fríos acarician mis mejillas. Abro los ojos y veo a Souta mirándome con preocupación.

“Souta...”

Me incorporo sobre la hierba. Souta se quita su larga camisa blanca y la envuelve con cuidado sobre mis hombros. Me doy cuenta, con retraso, de que mi uniforme escolar está hecho trizas.

“Nosotros...”

“Caímos al suelo junto con el gusano cuando volvió a convertirse en tierra. ¿Estás herida?”

No me duele nada, y puedo moverme. “No,” digo, y me pongo de pie lentamente.

Una silla amarilla está entre botellas de plástico, latas vacías, trozos de madera y juguetes de plástico. Me agacho en el prado y recojo la silla familiar. No hay duda—es la sillita que mi madre me hizo, con dos ojos tallados en el respaldo. La volteo y veo que le falta una pata, tal como sabía que estaría. Pero hay algo diferente. Es nueva, me doy cuenta al fin. Desde el desconchón en el asiento hasta la pintura amarilla brillante, es mucho más nueva de lo que recordaba. Tiene la vitalidad de algo recién hecho, tan vívida como una herida fresca.

“Fue arrastrada por el tsunami aquel día,” murmuro para mí misma. “Y la encontré aquí...”

Echo otro vistazo a mi alrededor. Como basura arrastrada desde una tierra lejana, todo tipo de pequeñas cosas están esparcidas en línea sobre la hierba. Cada una es como una carta desde algún lugar lejano, conectando a una persona con otra.

“¡Suzume!” dice Souta sorprendido, a poca distancia. “¡Hay alguien aquí!”



“¿Qué?”

Sigo su mirada. La luna llena cuelga en el amanecer sobre la cresta de una colina lejana. Una figura pequeña camina lentamente hacia ella.

“¿Un niño...?”

“¡Tengo que ir!” digo, abrumada por la emoción y la confusión.

Incapaz de esperar un segundo más, empiezo a correr, aún con la silla en las manos.

“¿Suzume?”

“¡Perdona, vuelvo enseguida!”

Souta no hace preguntas. Solo se queda dónde está y me observa alejarme.

* * *

Sobre mí, las estrellas brillan intensamente.

Es como si alguien hubiera aumentado por error la luminosidad diez veces más de lo normal, hasta que el cielo estrellado resulta absurdamente brillante. Bajo este cielo donde coexisten estrellas, nubes blancas y un sol vespertino, avanzo por la hierba hacia la niña a lo lejos, luchando desesperadamente por contener las lágrimas.



Ah, pienso. Por fin lo entiendo.

No quería saberlo. Y sin embargo, siempre quise saberlo.

Siempre pensé que la mujer era mi madre. En algún rincón de mi corazón, creía que volvería a verla algún día. Al mismo tiempo, sabía que nunca lo haría. El viento en el prado es frío, y mi aliento es blanco. La camisa blanca que Souta me envolvió es demasiado grande, así que la ajusté a mi cintura con el lazo rojo de mi uniforme, haciendo que parezca un vestido. En mis pies llevo las botas negras de trabajo de Souta que me puse en Tokio. Mi cabello

liso cae por debajo de los hombros. No me había dado cuenta de que había crecido tanto como el de mi madre en aquel entonces.

Delante de mí, veo una figura pequeña encorvada en la hierba. Coloco la silla suavemente en el suelo, me acerco a la niña con su chaqueta acolchada embarrada y susurro:

“Suzume.”

La niña, agotada de caminar y buscar, sumida en la desesperación, se gira lentamente hacia mí. Es mi yo de cuatro años. Se perdió en el Más Allá mientras buscaba a su madre. Me mira sorprendida. Sus ojos están llenos de preocupación y esperanza por haber encontrado al fin la salida de una larga pesadilla. No sé qué expresión tengo para ella, pero me obligo a sonreír porque quiero aliviar su tristeza tanto como pueda.

“...¿Mamá?” pregunta. Dudo. Soy dolorosamente consciente de la palabra que quiere oír. Pero—

“No,” digo, negando con la cabeza. La observo impotente mientras sus ojos se llenan de lágrimas. Pero no llora.

“¿La conoces?” pregunta con insistencia, sus pequeñas manos congeladas dobladas frente a su estómago y su postura lo más recta posible. “Mi mamá me está buscando, y creo que está muy preocupada, así que tengo que encontrarla pronto.”

“Suzume—”

“Trabaja en el hospital. Cocina muy bien y construye cosas, y siempre me hace lo que me gusta—”

“Suzume, yo—”

“¡Mi casa...!”



No sirve de nada. Las lágrimas ya caen de sus ojos. Solloza y sigue hablando frenéticamente.

“Mi casa ha desaparecido... Así que mi mamá no sabe dónde estoy, y—”

“¡Basta!”

No puedo seguir escuchando. Me arrodillo en la hierba y le agarro los brazos.

“¡Ya lo sé...!” le digo a ambas versiones de mí misma.

“¿Qué quieres decir? ¡Mi mamá está aquí en alguna parte! ¡Te dije que me está buscando!”

“¡Suzume!”

La niña se zafa de mis manos y echa a correr. Mientras corre, grita al cielo: “¡Mamá, ¿dónde estás?! ¡Mamá!”

“¡Aaah!”

Instintivamente extendiendo la mano hacia ella. Cae de bruces, con fuerza. Pero se incorpora enseguida en la hierba.

“¡Maaamá!”

Llora con tanta fuerza que parece que acusa al mundo entero. Llora con todo su cuerpo, como si fuera a vomitar. Más allá de su figura temblorosa, el sol rojo del Más Allá está a punto de ponerse. El atardecer es tan carmesí y denso como la sangre, como si reflejara su desesperación. Comienza a volverse borroso. Yo también estoy llorando.



“Mamá...,” digo, y ya no puedo parar de llorar. El dolor de la niña que solloza ante mí es mi propio dolor. Son idénticos. Su desesperación y soledad, su tristeza asfixiante y su furia ardiente—todo eso sigue dentro de mí, tan poderoso como siempre. Llora como si fuera a vomitar. Nos sentamos en la hierba y sollozamos.

...Pero.

Mientras escucho los sollozos que amenazan con romperla, algo se me ocurre. Esto no está funcionando. No puedo seguir así. Tengo que dejar de llorar. Ella y yo somos diferentes. Sigo siendo débil, pero al menos he vivido doce años desde aquel día. He vivido. Suzume está completamente sola, pero yo ya no lo estoy. Si no hago algo, ella sí que estará completamente sola en el mundo. No podrá seguir viviendo.

Levanto la vista. En el rincón de mi visión, veo algo amarillo. Me seco las lágrimas con el dorso de la mano, recojo la sillita y corro hacia Suzume, que aún solloza.



“Suzume—”

Coloco la silla a su lado y me agacho junto a ella.

“¡Mira esto!”

“¿Eh?”

Parpadea sorprendida, con las lágrimas aún cayendo de sus ojos. “Esta es mi silla... ¿Por qué está aquí?” Me mira, desconcertada.

“...¿Cómo te lo explico?” digo, sonriendo mientras busco las palabras adecuadas. El sol ya está bajo las nubes, y el mundo se tiñe de un azul ultramarino translúcido.

“Escucha, Suzume, por muy triste que estés ahora—” Solo puedo decirle la verdad. La verdad simple y llana. “Vas a crecer.”

Un fuerte viento se lleva las lágrimas de nuestras mejillas. El cielo se oscurece, y las estrellas brillan con más intensidad.

“Así que no te preocupes. ¡El futuro no da miedo!”

Sus ojos reflejan las estrellas. Rezando para que mis palabras lleguen tan profundo como esos puntos de luz, hago mi voz más firme y esbozo una sonrisa.

“Suzume, volverás a amar a las personas, y conocerás a muchas que te amarán también. Puede que ahora todo te parezca completamente oscuro, pero te prometo que llegaré la mañana.”

Las estrellas giran sobre nuestras cabezas como si el tiempo se hubiera acelerado.

“Llegaré la mañana, y la noche volverá una y otra vez. Crecerás hasta convertirte en adulta bajo la luz. Pase lo que pase en el futuro, nadie podrá detenerte.”

Estrellas fugaces cruzan el cielo, y finalmente, el otro lado del prado comienza a teñirse de rosa. Es de mañana. Observo cómo el sol naciente la ilumina, y repito: “Creecerás hasta convertirte en adulta bajo la luz.”

Recojo la silla y me pongo de pie. Ella me mira y pregunta con voz desconcertada: “¿Quién eres?”

“¿Yo?” pregunto.

Una brisa cálida sopla, levantando las plantas a nuestros pies para que bailen a nuestro alrededor. Me inclino y le tiendo la silla amarilla.

“Soy tu mañana.”

Sus pequeñas manos agarran la silla con firmeza.





Hay una puerta frente a la niña.

Sosteniendo la silla bajo un brazo, con la otra mano gira el pomo y abre la puerta.

Al otro lado hay un mundo color ceniza. El sol aún no ha salido, y está oscuro, con una fina nieve cayendo. Escombros recientes forman siluetas negras imponentes a su alrededor. El paisaje de marzo al otro lado de la puerta está lleno de tristeza aún no consolada.

Antes de cruzar el umbral, la niña mira hacia atrás.

En lo alto de una colina a lo lejos, ve a dos adultos. Uno es un hombre alto, y la otra es una mujer cuyo vestido ondea al viento. Están mirándola fijamente. Son tan hermosos como una imagen, de pie entre la hierba que se mece e iluminados por la Vía Láctea. La imagen queda grabada para siempre en la memoria de la niña.

Se da la vuelta y cruza la puerta con paso firme. Apretando con fuerza la silla amarilla, regresa al mundo ceniciento. Luego cierra la puerta con decisión con su pequeña mano.



“—Lo había olvidado,” murmuro, aún sujetando el pomo de la puerta que acabo de cerrar, apoyada contra el muro de piedra. “Me dieron todo lo importante hace mucho tiempo.”

Souta, que está a mi lado, sonrío con dulzura y asiente. El cielo está teñido del azul tenue del amanecer. Su color es mucho más pálido y tranquilo aquí que en el Más Allá. Pero aquí, hay señales de vida a nuestro alrededor. Los pájaros de la mañana cantan con energía. En una carretera lejana, un camión se dirige tranquilamente al trabajo. Puedo oír las olas rompiendo suavemente al otro lado del malecón.

Suelto el pomo y agarro la llave del Cierre que cuelga de mi cuello. La introduzco en la cerradura que brilla en la puerta. Luego lleno mis pulmones con el aire de la mañana. Huele a plantas, mar y vida humana todo mezclado—el olor de un pueblo por la mañana. El olor del mundo en el que voy a vivir.

“Hasta luego,” digo mientras cierro con llave mi propia Puerta.

